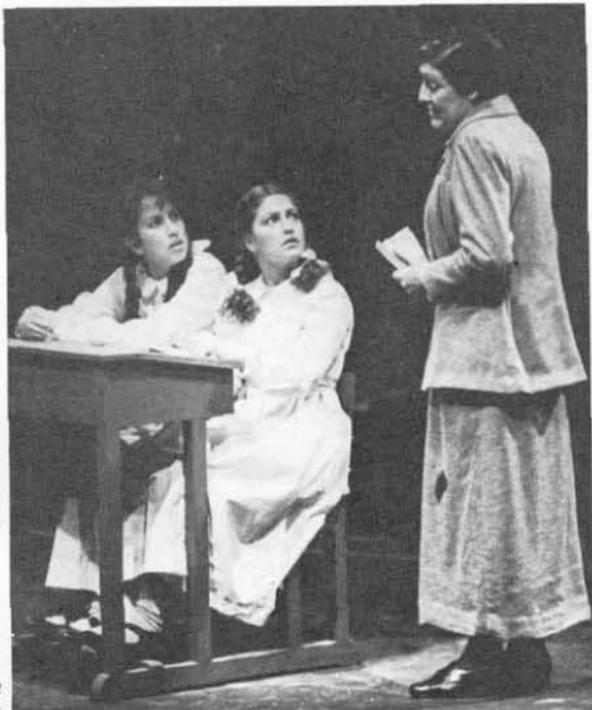




Alicia Quiroga
como Gabriela



Cuando era
profesora primaria

RESEÑA

El sino de Gabriela

□ No convenció la obra de Jorge Marchant sobre la poetisa

Por mucho que Gabriela Mistral haya entrado a la categoría de gloria nacional y hasta decore los billetes de cinco mil pesos, es muy poco lo que se la lee, sobre todo entre la juventud. Todos, por cierto, pasan por las rondas infantiles, pero luego tienden a prescindir de sus poemas; a diferencia, por ejemplo, de los *Veinte poemas de amor*, de Neruda, convertidos en un hito casi obligado de la adolescencia.

Una buena recreación teatral de la vida de la Mistral bien podría estimular un interés más vivo en su obra, pero es difícil que esto se logre con *Gabriela*, de Jorge Marchant, estrenada en la cómoda sala del Centro Cultural de los Andes (Alonso Ovalle 1465). En una docena de cuadros se recorren las etapas claves de su vida y se señalan tanto los problemas emocionales que debió enfrentar como aquellos que a esta modesta maestra primaria se le suscitaron frente al medio ambiente. Sin embargo, esta crónica de su existencia deja frío y, en partes, resulta casi tediosa. Los elementos de la Mistral están dados en

mayor o menor grado, pero no se siente tras ellos la visión de un creador que los vitalice e interprete, que les dé un sentido. Pudo influir que la mayoría de los cuadros se alargan y ganarían con algunos cortes.

Es una lástima que el resultado global sea negativo, porque no faltan los valores en las partes. La sobria interpretación de la protagonista por Alicia Quiroga, la labor de Adolfo Assor y otros integrantes del elenco, la música de Guillermo Rifo, el decorado de Juan Carlos Castillo.

Tales elementos fueron orquestados por el director del espectáculo, Abel Carrizo. Fue un montaje en muchos sentidos imaginativo en su combinación de actores, música, iluminación y una serie de cuidadas diapositivas (Meza-Lopehandía) que se proyectaban sobre el fondo del escenario y complementaban la acción. Pero, a pesar del oficio teatral desplegado, aquí como en el texto, parecía faltar un compromiso real con la Mistral.

Episodios decisivos en su vida como su amor por el ferroviario Romelio Ureta carecen de fuerza y, en general, no se genera un personaje tridimensional. Hay como un excesivo distanciamiento, que en parte podría provenir del estilo teatral elegido para el montaje, el cual a su vez parece condicionar el tipo de actuación.

El destino de este espectáculo es probablemente aquél de funciones dirigidas a un público escolar. Puede, en este sentido, cumplir alguna labor didáctica, pero es poco probable que produzca un acercamiento de los jóvenes a la Mistral. E incluso es posible que consiga, en este sentido, el efecto opuesto.

H. E. ■